

## MANSEDUMBRE

Catharose de Petri

Con el fin de explicar el término “mansedumbre”, sin ensalzar esta virtud como en los cánticos y los himnos, prestemos atención a los siguientes puntos esenciales:

La mansedumbre es la fuerza del equilibrio interior. El equilibrio interior nace cuando somos conscientes de la esencia de la vida y de nuestra relación con el universo. Ser manso es tener la experiencia continua de la no dualidad. Ser manso es ser perfectamente no combativo, y la no combatividad es una fuerza que sobrepasa la violencia. Es una fuerza que proviene de la unidad, de la unidad de la Vida Universal, de la unidad del universo. En ella desaparece además todo posible juicio y crítica. Ser manso es hacer del mandamiento de Cristo “ Amad a vuestros enemigos “ un estado de ser.

Este mandamiento no difiere de las antiguas tradiciones, cuyo único objetivo era conducir al hombre a la perfección, a la totalidad y a la unidad. Sin embargo, el hombre nunca ha aceptado este estado de ser, debido a su forma de vivir. Creemos que la mansedumbre y el amor a los enemigos es algo reservado a la vida monástica, y que no es posible en la vida cotidiana, ya que en las relaciones humanas siempre surge la rivalidad, el deseo, la ambición, la envidia y la cólera. ¿A qué es debido?.

Cuando los hombres dicen entre ellos “te amo”, esto significa al mismo tiempo “¡ámame!”. Se trata de una emoción que reclama algo a cambio de lo que se da. No es desinteresada. Y si nuestro deseo de ser amado no es satisfecho, aparece entonces la violencia, la agresión y el odio. Lo que llamamos “amor” no es un sentimiento puro, sino una emoción turbia que puede transformarse en su contrario y que es totalmente egocéntrica. La mansedumbre no nace de este amor. Porque todo lo que es egocéntrico reclama algo para sí mismo, reclama algo a cambio de lo que se da. Si no obtiene nada en contrapartida, queda decepcionado, contrariado. Lo que no ha obtenido espontáneamente, espera obtenerlo ejerciendo una presión, generando tensión, violencia, agresión, maldad, etc... Lo que amamos y lo que nos ama lo llamamos bueno; lo que no amamos y no nos ama, lo llamamos malo. Y así nos movemos entre estos dos extremos. Vivimos en continua agitación emotiva. Nuestra conciencia es como una llama vacilante entre corrientes de aire, que apenas puede iluminar su entorno.

El origen de todo ello es la orientación hacia el ego, hacia el yo, hacia nuestra pequeña persona, distinta a la de los demás. El hombre no es consciente de ser algo más que eso. Cree que solamente es esta parcela, este fragmento. Unas veces se identifica con su cuerpo, con los impulsos e instintos, y otras con la razón, el intelecto, lo oculto, o lo trascendental. Está poseído por esta creencia. Y cada vez que el hombre es poseído por cualquier cosa, sea la ciencia o la tecnología, el dinero o el prestigio, o bien una ideología e incluso el ocultismo, el hombre pierde su equilibrio.

Nos encontramos entonces fuera de nuestro punto de equilibrio, no tenemos estabilidad. Somos balanceados de aquí para allá, de lo bueno hacia lo menos bueno, de lo que deseamos hacia lo que no deseamos. Y mientras la conciencia se halle unida al ego, que

divide y limita, que juzga y condena según sus divisiones y limitaciones, este estado no puede modificarse. Así no puede nacer el equilibrio interior y, por lo tanto, no es posible ser manso.

Ser manso es tener el valor de no juzgar, de no criticar, de perdonar todas las faltas y de amar también a los enemigos. Y cuando se ama a los enemigos, éstos dejan de serlo. Quien es manso no es nunca egocéntrico. Quien es manso no fuerza nada. Quien es manso no posee ni violencia, ni tensión, ni venganza, ni agresión, ni maldad. Pues la raíz de la violencia es el yo limitado. Cuando el yo posee algo, debe defenderlo. Se es violento por el hecho de poseer un yo, una personalidad, y de identificarse con esta personalidad. El que es manso ya no vive para el yo. Quien es manso está liberado del egocentrismo.

## **LA VIOLENCIA ANIQUILADA**

¿Qué es aquello que llena la vida del manso? ¿De dónde surge su valor? ¿De dónde obtiene esa fuerza sobrehumana para amar incluso a sus enemigos? Estas son preguntas de suma importancia. Quien es capaz de algo semejante, posee la llave de la paz. Y cuando se posee la llave con la que podemos aniquilar la violencia, nuestro problema queda resuelto. No hay nada que deseemos más que la desaparición de la violencia y de la lucha por obtener la paz. Si quien es manso puede hacerlo, ¿por qué nosotros no podemos?.

Debemos tener valor de franquear las fronteras del yo. Esto no es tan difícil como pensamos. ¿Es tan duro nacer? Y aquí se trata únicamente de nacer de nuevo, del milagro del nacimiento en la noche de Navidad, del nacimiento de una luz, es decir, de una nueva comprensión en las tinieblas de nuestra conciencia del yo limitado. Pues más allá de nuestra conciencia personal ordinaria, existe una conciencia universal que llena toda la creación. Nosotros procedemos también de esta vida imperecedera. Y cuando la Vida Universal toca nuestra conciencia, todo nuestro corazón se abre y percibimos en ese momento lo que nunca habíamos visto antes.

Primeramente nos vemos a nosotros mismos, a nosotros mismos tal como somos en realidad, y no la imagen que nos hemos construido. Vemos la ruinoso casa que habitamos, los valores ilusorios sobre los que está edificada y los agujeros y grietas por donde entran las pasiones, yendo de aquí para allá, de izquierda a derecha y de arriba abajo. Vemos la vida cambiante e inconstante de los sentimientos, en la que quizás esté inmerso nuestro corazón. Vemos las energías que provocan estas tensiones, que bloquean, endurecen y cierran el corazón, hasta que se crispa completamente y se convierte en un miserable establo. Vemos el molino desenfrenado de los pensamientos multicolores que pueblan nuestra atmósfera y nuestro cerebro.

Todo esto es iluminado por la llama de la Conciencia Universal que lo abarca todo sin excluir nada, pues de lo contrario no sería Universal. Esta llama aumenta cada vez más, en la medida en que se va desmoronando la antigua morada de la personalidad. Esta llama proporciona también el poder de comprensión que va a destruir las tensiones, obstáculos y limitaciones. Todo endurecimiento, acritud, malformación y degradación son cambiados y transmutados por la energía más elevada, por la más ardiente.

Comprenda bien que el endurecimiento, las limitaciones y las malformaciones no son rechazados, sino claramente percibidos y transformados, ya que en el universo no existe nada parecido a un “almacén de desechos” en el que se amontonan las personalidades abandonadas. Las energías inferiores son transmutadas, al igual que un trozo de hierro se pone blanco resplandeciente con el ardor del fuego e irradia uniformemente a su alrededor, perdiendo poco a poco su forma. Se alcanza la serenidad al mismo tiempo que se consigue ser manso. Es el signo de la energía universal del mundo sin espacio. Cuando se posee la mansedumbre, puede abrirse lo que es duro, suavizarse lo tenso, suprimir los muros y penetrar en todas partes. Este estado tiene su fuente en la Unidad Universal. Esta fuerza restablece la verdadera y única función del corazón, que es el Amor, el Amor Universal. Para ello el corazón debe ser libre, independiente, siempre abierto, sin reserva alguna y sin excluir nada. El Amor irradia uniformemente en toda situación, en toda ocasión, a cada encuentro. Es la expresión de la comprensión perfecta de todos los fenómenos de la vida. En esta idea queda borrada toda barrera, todo lo bueno y lo malo. El Amor es la expresión de una comprensión y de una aceptación perfectas de todo lo que existe, sea lo que sea.

## **LA COHESIÓN DE TODO CON TODO**

El Amor es unidad, es la unidad, es la unidad sin división alguna. El Amor sólo puede existir así; no existe ni en abstracto, ni en teoría, ni tampoco es sólo una idea, sino que se manifiesta en la comprensión hacia los demás. Del Amor nace la mansedumbre. Es la radiación tranquila, serena y uniforme de la conciencia, que ya no siente atracción ni repulsión. En este estado ya no se producen violentos torbellinos, nadie se consume debido a las pasiones desatadas por la simpatía ni se debilita bajo la impronta glacial de la antipatía. Ya no se busca la falta o la acusación, pues el destino y los acontecimientos son percibidos como la consecuencia lógica de actos anteriores, cuya cuenta es presentada ahora, ofreciendo al mismo tiempo la ocasión de comenzar de nuevo. Permanecemos silenciosos ante esta ley de gracia. Vemos, entendemos y percibimos las relaciones de todo con todo y de todos con todos. Ante la grandiosa cohesión del Universo hemos de permanecer silenciosos, profundamente silenciosos, hasta la disolución del más pequeño vestigio de egocentrismo.

Mientras este proceso no haya terminado, podemos volver a caer en el sentimentalismo. El sentimentalismo es una actividad anormal del corazón ocasionada por la vacilante luz de un estado de conciencia imperfecto. La llama de la conciencia total debe penetrar, en primer lugar, en el corazón, para que se restablezca su verdadera función. Pero ello sólo se produce si el hombre se eleva por encima de sus límites, por el contacto con la conciencia universal, y genera desde el interior un hombre total que vive en la unidad. Su corazón está entonces en todos.

La carencia del yo engendra el Amor. En el no ser las relaciones ya no son una inversión para el futuro; uno ya no se vale del otro para matar el aburrimiento; no toma compañero o compañera por pasión, por deseo de dominar, de cambiar, de convencer o para hacer una copia fiel de sí mismo. Si se comparte la vida con alguien en todos los niveles, en todo momento y lugar, el Amor se expande en esta participación, en la vida común. La mansedumbre, el Amor, es comprender que la vida es un todo único, indivisible. Esta conciencia, esta comprensión, nos lleva a expresar esta idea en nuestras relaciones y

experiencias con los hombres y las cosas. El Amor es, pues, la expresión de esta comprensión en nuestras relaciones cotidianas. Al igual que la inteligencia no puede ser posesión privada de una persona, tampoco el Amor puede ser un bien privado de los hombres. No podemos apropiarnos del Amor en una experiencia aislada, ni poseerlo jamás en el marco de un nuevo pensamiento, o de una sola idea. No puede ser descrito ni definido. El Amor es una fuerza en la que todo puede unificarse, y en la que todo puede crecer y desarrollarse. Por ello el Amor heredará la tierra. Esta fuerza transformará la tierra y la llevará a su perfección. Esta fuerza es el Universo mismo. Quien vive de esta fuerza ya no está sometido a otra influencia.

Es imposible convencer a quien posee la mansedumbre. El es más fuerte que todos los demás. Por su estado de ser es una autoridad, que en el verdadero sentido de la palabra, es un ser autónomo, que vive de la fuerza universal fundamental. A través de él, los obstáculos, endurecimientos y tensiones se rompen, se abren y son conducidos a su verdadera naturaleza. Quien es manso desencadena la lucha en los demás. La lucha no la lleva jamás en él, sino que los egos confrontados a su fuerza se ponen a luchar para combatir y rebajar su actitud sobrehumana. Es la fuerza que puede desencadenar la única revolución verdadera en el interior del hombre. Es una fuerza que desata tempestades, en las cuales la antigua violencia muere y tras las cuales se hace posible percibir el silencio del infinito. Esta es la herencia de todo ser humano.

Dice Lao-Tse:

*“En el mundo, las cosas más débiles pueden vencer a las más fuertes. Nada en el mundo es más débil y blando que el agua, pero nada la aventaja para deshacer lo duro y lo fuerte. Lo débil puede vencer a lo fuerte y lo blando a lo duro. Esto lo sabe todo el mundo, pero nadie lo pone en práctica. Por ello el sabio dice:*

*“Quien toma sobre él los reproches del reino,  
puede ser su maestro.*

*Quien acepta todos los males del reino,  
puede ser soberano del mundo.*

*He aquí palabras llenas de verdad,  
aunque parezcan paradojas.”*